

## ACTUALIDAD DEL «REVISIONISMO» YUGOSLAVO

En 1948, el partido comunista yugoslavo era expulsado de la Kominform y todo el movimiento comunista internacional, bajo inspiración moscovita, lanzaba una violenta y prolongada campaña contra los dirigentes de Belgrado<sup>1</sup>.

La visita de Kruschev y Bulganin a la capital yugoslava, en mayo de 1955, concretaba la aproximación soviético-yugoslava.

Pues bien; a esas fechas—y todo lo que representan<sup>2</sup>—, se han adicinado recientemente claros aleccionamientos que ofrecen—en una adecuada perspectiva—motivos de exégesis y meditación.

### 1. De la crisis de Hungría al Congreso de Liubliana.

El alzamiento húngaro y los acontecimientos polacos forzaban a los rusos, para la preservación del imperio soviético, a rechazar el concepto del nacional-comunismo como concepción viable<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> En torno a este punto, vid. el *Livre Blanc sur les procédés agressifs des Gouvernements de l'U. R. S. S., de Pologne, de Tchecoslovaquie, de Hongrie, de Roumanie, de Bulgarie et d'Albanie envers la Yougoslavie*, Ministerio de los Asuntos Extranjeros de la República Popular Federativa de Yugoslavia. Belgrado, 1951.

<sup>2</sup> Para un análisis del desenvolvimiento del sistema político-social de Yugoslavia desde 1948—la *ruta yugoslava* al socialismo—, cons. Charles P. McVicker, *Titoism*, St. Martin's Press, 1957. Una valoración de las relaciones entre Yugoslavia y la U. R. S. S. se ofrece en el estudio de Barry Farrell, *Jugoslavia and the Soviet Union*, editado por Shoe String. Este autor distingue dos fases en la política exterior de Belgrado, desde la ruptura con la U. R. S. S.: la primera está marcada por los intentos para mantener las conexiones con los Estados satélites, hasta que—no obteniendo fruto—Tito se alineó con el Occidente; la segunda, empezando en 1954, comprende la “normalización” de las relaciones con Moscú. La obra concluye en junio de 1956.

<sup>3</sup> Sobre este extremo, vid. Paul E. Zinner, editor: *National Communism and Popu-*

A principios de 1957, las relaciones entre Rusia y la mayor parte del bloque soviético, eran marcadas por mutuas acusaciones y recriminaciones. La esencia de la disputa era el abandono por Moscú de determinadas premisas básicas enunciadas en el XX Congreso del Partido Comunista y la insistencia yugoslava de que tales premisas—renuncia al stalinismo, separados caminos hacia el socialismo, competición pacífica en el terreno ideológico, etc—, debían prevalecer tanto internamente como en las relaciones entre países *socialistas*.

(Una definitiva presentación de la posición oficial de Belgrado era trazada por el Secretario del Exterior, Popovich, en la cual hacía notar que la Unión Soviética había usado falsamente argumentos ideológicos para acabar con la independencia política y la autoconfianza. De él son estas aseveraciones: «No deseamos unirnos al campo socialista, debido a que éste no se halla de acuerdo con los principios, la dirección y los objetivos de nuestra política exterior, ni está de acuerdo con los generales intereses de la paz y del socialismo»—28 de febrero—.)

Acusaciones que encontraban un inesperado y pronto eco en todo el área soviética. Si bien con claros distinguos. Duras críticas en los medios albaneses. (Vid. el discurso del Secretario del Partido, el 17 de febrero de 1957. Gestos de amistad en Polonia. Así, al presentar al nuevo Parlamento polaco el programa del Gobierno, el Primer Ministro, a la vez que reafirmaba la alianza del país con el campo *socialista*, aseguraba el principio de la amistad con Yugoslavia, a pesar de la disputa de este país con la U. R. S. S. «Nuestras relaciones con la República Federal Popular de Yugoslavia—dijo Cyrankiewicz—, han sido completamente normalizadas en los pasados doce meses... Hoy son amistosas... Deseamos que continúe desenvolviéndose esta amistad... También celebramos... todo nuevo paso en el camino hacia la superación de los efectos del nocivo aislamiento de Yugoslavia, en el pasado, de los otros Estados *socialistas*» (26-11).

No menos cordiales eran las palabras de Popovich: «El éxito del pueblo polaco..., es una alegría para nuestro pueblo y estamos convencidos de que los Gobiernos de nuestros dos países continuarán manteniendo la establecida y fructífera cooperación y que se desenvolverá más... en mutuo beneficio y en interés del fortalecimiento de la paz».

La guerra ideológica se intensifica en marzo de 1957 por declaraciones

---

*lar Revolt in Eastern Europe*, Columbia University Press, Nueva York, enero 1957, re-censado por nosotros en el número 32 de esta *Revista*.

de Bulganin y de Janos Kadar. Los asertos eran hechos con ocasión de los actos de amistad húngaro-soviética en el Palacio del Kremlin, el 27 de marzo. Kadar señalaba: «Somos incapaces de comprender cómo los camaradas Kardelj y Popovich fallan en observar que en la evaluación de los acontecimientos de octubre en Hungría están adoptando y proclamando una posición que resulta ser idéntica al enjuiciamiento no-marxista exployado por Dulles y la *Radio Europa Libre*». Y Bulganin sostenía que los dirigentes yugoslavos «no diferían de los imperialistas en su valoración de los sucesos húngaros.»

\* \* \*

Ahora bien; algunas argumentaciones yugoslavas revelaban una clara línea. Un artículo publicado en «Borba», de Belgrado, el 5 de abril de 1957, escrito por el Director del Instituto yugoslavo para los asuntos internacionales, indicaba que las acusaciones soviéticas eran impropias e infundadas. Para nosotros tiene singular relieve la crítica de la noción de un *campo socialista*, «el campo bajo la dirección de la Unión Soviética, al que se supone que se unen todos los países socialistas y todos los movimientos laborales comunistas». He aquí algunos de sus pensamientos: «Dejando aparte la cuestión de si hay o no hay diferencias esenciales entre campos y bloques, un campo es principalmente una creación estatal militar, que está condicionada por la situación internacional contemporánea y en realidad es un hecho que puede tener este o aquel significado en socialismo y que también tiene especial importancia para la Unión Soviética como una gran potencia mundial. Sin embargo, percibimos que los movimientos socialistas en el mundo, el internacionalismo proletario, la autosuficiencia de los países y la independencia de los movimientos políticos, no pueden estar sujetos a campos y bloques; ni pueden estar sujetos a ellos la concepción de las relaciones entre los países socialistas y, en general, la concepción de las relaciones internacionales».

No obstante, el año 1957 registraba un acontecimiento digno de cita: las conversaciones entre una delegación rusa (con inclusión de Krushev y Mikoyan) y una delegación yugoslava (encabezada por Tito, Kardely y Rankovich), celebradas en Rumania (12 agosto de 1957). Una emisión de «Radio Moscú», del 4 de agosto enfocaba el tema de la cooperación soviético-yugoslava—especialmente, en el terreno de la política internacional—: «Nuestras opiniones son idénticas en la mayoría de los casos... Toda posibilidad existe para una aun mayor y más fructífera cooperación entre nuestros dos

países, particularmente desde la reunión plenaria del P. C. U. S., condenando al grupo anti-partido de Malenkov, Kaganovich y Molotov, que intentó destruir la unidad de nuestro país y atacar su línea general: las históricas decisiones del XX Congreso del P. C. U. S.».

Parecía iniciarse una nueva marcha. Dentro de ella—aunque no en todas sus facetas—hemos de encuadrar las conversaciones polaco-yugoslavas del mes de septiembre. El 10 de ese mes, el Primer Secretario del P. C. polaco, Gomulka, el Primer Ministro, Cyrankiewicz y el Ministro de Agricultura, presidían la delegación polaca que visitaba Yugoslavia. Este acercamiento era lógico, si nos atenemos a que ambos Estados tienen Gobiernos comunistas y a que ambos han rechazado—en lo permitido por sus posiciones geográficas—la total dominación por la U. R. S. S.<sup>4</sup>.

Por encima de los numerosos detalles de esta reunión, cabe recoger dos perfiles significativos: la discreción encaminada a asegurar a Moscú de que no se intentaba la formación en la Europa Oriental de un bloque hostil a los rusos (no soslayando la cuestión de la pertenencia de Polonia al Pacto de Varsovia y la no pertenencia de Yugoslavia); y el apoyo de Tito a la *línea Oder-Neisse*.

Y la declaración firmada por los dos gobernantes reiteraba que las relaciones entre los países y los partidos comunistas se basaban en la «igualdad, la amistad y la no interferencia en los asuntos internos» y hablaba de una variedad de «camino hacia el socialismo».

Se imponía el asunto de la *relativa independencia* de Moscú. Si bien el 16 de septiembre el «Politika», de la capital yugoslava, informaba sobre la declaración de Tito de no tener intención de esablecer una facción separada «dentro del movimiento socialista». (Similares seguridades se daban por Gomulka casi diariamente.)

Pero, ¿sentía el Kremlin la necesidad de un contramovimiento?

El método usado fué una proposición del Primer Ministro rumano, Stonca, el 10 de septiembre, en favor de una Conferencia de países balcánicos.

Aquí ha de mencionarse la frialdad evidenciada por Yugoslavia ante la proposición del *Premier* rumano. El vicepresidente Rankovich declaraba—según informes del 9 de octubre—que la Conferencia sólo debería *tener*

---

<sup>4</sup> Acerca de la *ruta polaca*, vid. nuestros artículos sobre el *gomulkismo* aparecidos en el número 16-19 del «Boletín Informativo del Seminario de Derechos Políticos», Salamanca, y en el número 34 de *Política Internacional*.

*lugar* si las seis naciones implicadas acordaban su celebración. De otra manera, no tendría significado. La falta de entusiasmo de los yugoslavos puede centrarse en su miedo a entrar en una asociación con los Estados soviéticos que, por la fuerza del número, con toda probabilidad controlarían las decisiones del grupo. (Obsérvese que ya el 19 de septiembre el periódico «Politika» hablaba de la proposición de Stoica como de un «paso grato en la recta dirección» y que no poca prudencia se contenía en el editorial: «*Con buena voluntad*, la propuesta *constituiría* una seria contribución a la paz... Una reunión de los Jefes de los Gobiernos balcánicos *podría ser una parte* de los esfuerzos diarios hacia la aproximación balcánica»).

En todo caso, más de uno habrá pensado, oteando los recientes perfiles de las relaciones Moscú-Belgrado, en un continuo *estira y afloja*.

Una prueba de esto lo integra la ausencia de Tito en las ceremonias conmemorativas del XL aniversario de la Revolución Roja. El dirigente yugoslavo, después de anunciar—antes del *despido* de Zukov—su intención de acudir a la reunión de Moscú, anunciaba que su salud era demasiado incierta para permitirse un viaje fuera del país. A la capital soviética acudían Kardej y otros jefes yugoslavos. Siendo de destacar que si todas las delegaciones juraban lealtad a los principios de la revolución bolchevique, Kardej se abstenía de hacer una larga recitación de *cumplimientos*, no comprometiéndose abiertamente a seguir la dirección soviética, sino prometiendo la mera aplicación de la experiencia revolucionaria de la U. R. S. S. «de modo creador».

Seguramente algún lector recordará el párrafo de la Declaración de Moscú (noviembre de 1957) en la que se proclama lo siguiente: «Los países socialistas basan sus relaciones en los principios de la igualdad completa, el respeto a la integridad territorial y la independencia y la soberanía del Estado y la no-interferencia de uno en los asuntos de otro. Estos son principios vitales. Sin embargo, ellos no agotan la esencia de las relaciones mutuas. La ayuda fraterna mutua es parte de esas relaciones. Esta ayuda es una sorprendente expresión del internacionalismo socialista». Empero, no se olvide que en ese mismo documento se hacía referencia al *revisionismo* y al *dogmatismo*.

Y que Yugoslavia seguía su propio camino, se evidenciaba con la negativa de Belgrado a firmar tal Declaración. (Una actitud diferente a la adoptada por otros países con tendencias comunista-nacionales—como China y Polonia—). La razón aducida por el Comité Central yugoslavo, en su

reunión de diciembre, en Brioni, era que la declaración de los doce contenía «ciertas posturas y apreciaciones contrarias a la actitud de la Liga yugoslava de comunistas y que deben ser consideradas como incorrectas». Sin embargo, los yugoslavos firmaban el llamamiento de la paz, con todos los Estados comunistas y los partidos de los países *no socialistas*.

\* \* \*

Pero en los últimos tiempos, Yugoslavia ha venido participando en el enfeudamiento ideológico con los partidos comunistas ortodoxos y en un simultáneo cambio de delegaciones de amistad. Mencionemos como una de las más esclarecedoras de éstas la que marchó a Praga, a fines de enero, para firmar un pacto de intercambio cultural.

\* \* \*

Ahora bien; estos hechos no han enmascarado otras evidencias. El 7 de marzo el vicepresidente Kardelj hablaba con calor de las erróneas interpretaciones hechas en las naciones del bloque soviético por parte de unos pocos grupos. Esto era una referencia a una carta del Politburó yugoslavo en la que se atacaban los privilegios internos, el favoritismo y la burocracia. El gobernante yugoslavo sostuvo que las críticas habían llevado a «monstruosas conclusiones». Por otro lado, el 9 de marzo, el Ministro del Exterior, Popovich, consignando que su país se hallaba «preparado para discutir abiertamente todas las cuestiones de interés común» con otros Estados de la Europa Oriental, añadía que «la única excepción era Albania, con la que, aunque no por culpa de Yugoslavia, todavía no se han normalizado las relaciones».

Y en el curso de su informe a la Asamblea Nacional Yugoslava, el 19 de abril, el Presidente Tito describía la política exterior de su Gobierno como de *activa coexistencia*, consideraba que la Unión Soviética había hecho positivas y útiles acciones e iniciativas en 1954 y particularmente en la primera mitad de 1955 y destacaba que en la segunda mitad de 1956 se había operado un serio deterioro en las relaciones internacionales, «como un resultado del ataque armado contra Egipto y la situación creada en conexión con los acontecimientos húngaros». Hay que advertir cómo el dictador yugoslavo criticó en general la política occidental—aunque no ciertamente según los moldes comunistas—y se mostró favorable a una

*Conferencia cumbre.* De modo similar, vemos que Tito se refirió a «la gradual normalización de nuestras relaciones con la Unión Soviética y otros países socialistas», a despecho de «ciertas diferencias de opinión referentes a cuestiones *individuales*». Pero, al mismo tiempo, notaba que durante varios años, Yugoslavia había estado recibiendo ayuda militar y económica de los Estados Unidos, sin ninguna clase de *tirones políticos*.

## 2. *El Congreso de Liubliana.*

Mas he aquí que en ese mismo día estallaba una crisis en las relaciones soviético-yugoslavas. Se producía un nuevo ataque ideológico moscovita. La ocasión era el VII Congreso de la Liga de comunistas de Yugoslavia. El 19 de abril se anunciaba que el partido comunista de la Unión Soviética había retirado su decisión de enviar una delegación al mentado Congreso, a abrirse en Liubliana el 22 de abril. Decisión que era seguida por otros partidos comunistas (los de China, Albania, Alemania Oriental, Bulgaria, Checoslovaquia, Gran Bretaña, Hungría, Mongolia Exterior, Polonia, Suecia, Rumania). La razón esgrimida en justificación de esa conducta era el programa redactado por los comunistas yugoslavos.

Recuérdese que el 17 de abril el órgano de la Liga Comunista yugoslava—el «Kommunist» que lleva el mismo título que su cofrade moscovita, pero que con frecuencia profesa ideas diferentes—publicaba un cierto número de enmiendas al proyecto del programa del partido. Este adelanto de un texto a ratificarse por las instancias competentes del partido, era una puesta al día teniendo en cuenta más de 1.400 sugerencias formuladas por los miembros del partido. En realidad, iban enderezadas a evitar, dentro de lo posible, un nuevo conflicto con el Kremlin.

Verdaderamente, el documento encerraba una fuerte dosis de vigor, manifestando el mantenimiento inquebrantable de las posiciones doctrinales yugoslavas. De manera concreta, se evocaban los peligros de una concentración demasiado grande de poder por el aparato estatal, que no sólo se acompaña—como lo ha probado la experiencia stalinista—de tendencias burocráticas, sino que provoca el desarrollo del *dogmatismo* y del *sectarismo*, cuya meta es la pérdida del contacto con las masas obreras; se mantenía que, si el socialismo es uno, los pueblos llegan a él por caminos y medios diferentes; y, sobre todo, se denunciaban «las tendencias al monopolio ideológico y al hegemonismo político» (aludiendo claramente a las

pretensiones y a la actividad del P. C. soviético). El programa también enfocaba la cuestión de las *desiguales relaciones* dentro del bloque soviético. (Kruschev, hablando en una recepción de la Embajada polaca, el 21 de abril, afirmaba: «Cuando algunos mantienen que hay explotación de un Estado comunista por otro, esto es un disparate. Debemos mantenernos juntos»)

Pero—punto clave—una de las acusaciones lanzadas por «Radio Moscú», el 18 de abril, se concretaba en la actitud mantenida por los yugoslavos: la causa de la tensión internacional es «la existencia de dos bloques militares y políticos..., mejor que la política agresiva de los Estados imperialistas».

Pues bien; en el curso del Congreso se asistía al esclarecedor tono del discurso de Rankovich, defendiendo los derechos básicos y el interés de su nación—libertad, independencia y desenvolvimiento socialista acomodados a las condiciones yugoslavas—; y aludiendo a un país—no nombrado—que, en lugar de interesarse en los asuntos de su propio pueblo y en su desarrollo socialista, encontraba su principal interés en saldar cuentas con Yugoslavia y en interferirse en los asuntos internos. (Y resulta suficientemente significativo que los representantes diplomáticos de los países del área soviética, que asistían al Congreso como observadores, se ausentaban de él—a excepción del Embajador polaco—durante esta parte del discurso de Rankovich).

Y parejamente se escuchaba el informe de Kardelj. Recojamos algunas de las tesis esplayadas por el primer teórico del P. C. yugoslavo: 1.ª. «El comunismo no puede constituir desde ahora el objetivo inmediato de nuestra acción, pues en nuestro país las fuerzas de la producción están todavía demasiado poco desarrolladas y las condiciones generales en el mundo moderno aflojan y traban la evolución en esta dirección». 2.ª Necesidad de comprender el progreso social de la humanidad y de discernir los movimientos que existen en todo el mundo. 3.ª Evidencia de la división del movimiento obrero (sería una ilusión el hablar de la posibilidad de eliminar completamente esta división). 4.ª Oposición a toda tentativa de imponerles concepciones extranjeras. 5.ª El inmovilismo constituye el error más grande del movimiento obrero.

Y es de resaltar que en su parte final se atacaba con violencia a los partidos comunistas que, después de haber anunciado su llegada al Congreso, se habían vuelto atrás y se les dirigía una serie de reproches, entre ellos, el de querer imponer su programa a la Liga de los comunistas.

En fin, con objeto de intentar una cierta sistematización, podemos compendiar los hechos más graves imputados a los soviets y a sus amigos, como han sido expuestos en este Congreso: I. Directrices internas a los miembros de los partidos comunistas para trabajar en la «reeducación» de Yugoslavia y en su integración en el «campo socialista». II. Crítica de su política exterior (acusación a Belgrado de estar sentado sobre dos sillas para poder recibir la «mala mercancía occidental»). III. Tentativas para enfrentar a unos dirigentes comunistas contra otros. IV. Especulaciones sobre la unidad del partido yugoslavo.

El Congreso terminaba con una serie de realidades. Citemos dos: 1.ª Reelección de Tito en el puesto de Secretario General en la Liga comunista y de Kardelj y de Rankovich en los puestos de secretarios (con ello se ponía fin a los rumores relativos a los eventuales cambios de personas y a las modificaciones de las posiciones del partido yugoslavo respecto al movimiento obrero internacional y del partido soviético en particular). 2.ª La concepción yugoslava del *frente ideológico* (ante el concepto soviético del *bloque ideológico*, acerca del cual Tito y Kardelj precisaban que los yugoslavos no lo tenían en gran estima).

Este segundo extremo merece un mínimo de atención. Los marxistas yugoslavos consideran que el socialismo no es un monopolio de los países comunistas. Lo cierto es que elementos socialistas existen, bajo formas diversas, en todas las naciones del mundo, constituyendo un frente universal y no un bloque estrictamente delimitado por las fronteras geográficas de la U. R. S. S. y de los otros Estados de la democracia popular. Yugoslavia es miembro de este frente. Pero no lo es, ni lo será, del bloque ideológico. Tanto menos cuanto que la pertenencia al bloque implica ciertas obligaciones políticas, mientras que Belgrado desea estar enteramente libre en este terreno.

Intimamente ligada a estas estimaciones va una frase de Tito, en el discurso de clausura del Congreso: «Toda esperanza, alimentada por el lado que sea, de vernos abandonar nuestras posiciones de principio sobre las cuestiones tanto internacionales como interiores, no es más que pura pérdida de tiempo y causa perjuicios a todos».

### 3. *Repercusiones.*

El *revisionismo* de Belgrado daba pie a una toma de posición por parte del partido comunista chino, a través de un violento artículo aparecido en

el «Diario del Pueblo», de Pekín, y por parte del partido comunista checoslovaco, con un texto más matizado, aparecido en el semanario «Tvorba».

El órgano oficial del partido comunista chino proclamaba que el comunismo se encuentra ahora ante «una nueva tarea sagrada: la de desplegar una lucha intransigente contra el revisionismo moderno»; y sostenía que el programa político del P. C. yugoslavo es contrario al marxismo-leninismo y que constituye «un revisionismo integral». Este programa —anota el editorial— «ensucia al Estado socialista y al campo socialista y embellece al capitalismo, al Estado imperialista y al campo imperialista».

Ahora bien; una cosa hay que reconocer: el «Kommunist», de Belgrado insertaba el 9 de mayo un largo artículo consignando que las críticas del neo-revisionismo y del programa de la Liga de los comunistas hechas por el periódico chino representan una copia fiel de la famosa resolución de la Kominform de 1948.

Fijando nuestra vista en un punto revelante, apreciamos que la publicación yugoslava, refiriéndose a las numerosas declaraciones hechas en los últimos meses por los dirigentes de los países comunistas, en el sentido de querer vivir en buenos términos con Yugoslavia, escribía: «Sólo son posibles dos cosas: o la actitud de los que nos atacan hoy no ha sido sincera y simulaba sus segundas intenciones o han cambiado de actitud y han vuelto a los métodos que habían criticado y rechazado ellos mismos».

No poca discreción, unida a gallardía, latía en estos párrafos del órgano del P. C. yugoslavo: «Nadie tiene derecho a prescribir el carácter de las relaciones entre los países socialistas... Hemos dicho en qué no estamos de acuerdo y nos hemos negado a participar en las acciones que no podíamos aprobar».

\* \* \*

La reacción soviética era esperada con interés. Obsérvese que el 6 de mayo, la «Pravda» había publicado el ataque de los comunistas chinos contra el *revisionismo* yugoslavo. El 9 de mayo el P. C. de la U. R. S. S., exponía su postura, oficialmente, bajo la forma de un artículo—no firmado—de la «Pravda». El partido comunista de la Unión Soviética acusaba al partido yugoslavo no sólo de hacer inconscientemente el juego a los imperialistas, sino de volver a sus argumentos y aun de hacer prueba de más indulgencia respecto a los Estados Unidos que a la U. R. S. S. La ayu-

da económica recibida de Norteamérica servía de motivo para un severa advertencia: es preciso pensar que no se puede construir el socialismo apoyándose en la ayuda de los imperialistas.

Y el 13 de mayo la prensa anunciaba, en un breve comunicado, el aplazamiento de la visita del Presidente Vorochilov a Yugoslavia. El embajador soviético en Belgrado, Zamchevski, que había marchado a Moscú después del Congreso de Liubliana y que debía regresar a la capital yugoslava con el jerarca ruso, ha vuelto solo.

En realidad, dada la estructura del conglomerado soviético, esto es natural. Las relaciones entre los dos Estados habían de verse afectadas por la crisis de las relaciones entre los partidos. (Claro es, por otra parte, que se dan indicios de aspecto diferente. Notemos que la visita de una escuadra yugoslava a los puertos del Mar Negro se ha realizado como estaba prevista.)

\* \* \*

No obstante, las admoniciones procedentes de los Estados satélites no se hacían esperar. El órgano del P. C. búlgaro, el «Rabotnichesko Delo», manifestaba su opinión el 15 de mayo. Consagrando al tema un editorial de seis columnas, bajo el título *Retroceso general del marxismo-leninismo*, el periódico seguía las críticas ya formuladas por los otros órganos de los partidos comunistas y lanzaba acusaciones bastante severas contra los dirigentes de Belgrado, ya que el programa de éstos era calificado de «Código de revisionismo moderno». Concretamente se reprochaba a los gobernantes yugoslavos el «no haber ahorrado sus esfuerzos durante los acontecimientos de Hungría en 1956 para minar la unidad del movimiento comunista internacional y del campo socialista».

Más ponderada resultaba la declaración del P. C. polaco publicada en el «Trybuna Ludu». En ella se destaca que el imperialismo estadounidense es la causa principal de la *guerra fría* y de la división del mundo en dos bloques, y reprocha a los yugoslavos el haber hecho recaer sobre Moscú una responsabilidad igual a la de Washington en la generación de la tensión universal. (El 10 de mayo el «Trybuna Ludu» insertaba, en dos páginas, extractos de las declaraciones anti-revisionistas: *extraits* del artículo del «Diario del Pueblo», de Pekín, de las críticas de la «Pravda» contra el Presidente Tito y de las respuestas del Jefe del Estado yugoslavo, en el «Kommunist», de Belgrado. Téngase presente que hasta esa fecha

el periódico polaco había observado un silencio completo en torno a estas facetas.)

Idénticamente, anotemos cómo la postura del P. C. rumano—en un artículo aparecido en su diario oficial, el «Scinteia»—aparece redactada con un criterio moderado.

\* \* \*

Lógicamente los medios yugoslavos han salido al paso de los ataques moscovitas. Así, el «Borda», tocando el tema de las insinuaciones soviéticas sobre las relaciones Yugoslavia-Estados Unidos, apunta: «O bien la «Pravda» considera que la U. R. S. S. es el único país socialista con el derecho a estar en contacto y en conversaciones con los Estados Unidos, o simplemente no cree en lo que se ha dicho en el XX Congreso del partido soviético sobre la necesidad de una política de coexistencia entre los países de sistemas políticos diferentes».

#### 4. *Reflexiones sobre el significado del «caso yugoslavo».*

Sin desorbitar las perspectivas, hay que reconocer la gravedad de la nueva crisis yugoslavo-soviética—producida después de tres años de costosos esfuerzos de aproximación.

Tras la reconciliación del Kremlin con el régimen de Tito, se había podido creer que Krushev rompía definitivamente con los métodos stalinistas y que había decidido poner fin a las controversias ideológicas y aceptar sin reserva la autonomía yugoslava. Justo es admitir, empero, que en los años siguientes, las relaciones soviético-yugoslavas han conocido varias crisis, que ambos países se han esforzado en enmascarar. Pero ello, evidenciaba, en una vertiente, que Krushev trataba de atraer nuevamente a Yugoslavia al campo soviético y, en otra, que Tito no se hallaba dispuesto a renunciar a su independencia.

Mas hemos de contar con la existencia de algunos índices que parecían reforzar la tesis de la vuelta progresiva de Yugoslavia al campo soviético. Díganlo, por ejemplo, ciertas iniciativas de Belgrado en los últimos tiempos: renuncia a la ayuda militar norteamericana, alineación casi completa

de la política exterior yugoslava sobre la de Moscú, encuentro Kadar-Tito en el mes de marzo, etc.

Pero realmente fuera de pormenores y de interpretaciones, cabe sostener que la política de reconciliación iniciada por Moscú no se justificaba más que por un objetivo: el conseguir para el bloque comunista una recuperación total de Tito y de su partido y un regreso a la situación anterior a 1948. Esto era lo que con toda seguridad tenían en la mente los dirigentes soviéticos, cuando propusieron la normalización de las relaciones entre los partidos y no solamente entre los Estados. Con toda probabilidad hubiérase actuado de otra forma si se hubiese sabido que el partido yugoslavo no sólo era un partido revisionista, sino que estaba decidido a continuar siéndolo.

A fin de cuentas, lo que se rehabilitaba en 1955 era un legítimo orgullo nacional herido por métodos brutales. Lo que no podía rehabilitarse era la *desviación revisionista*, el peligro más grave e insidioso para los partidos comunistas en su organización actual.

Y, como tal apoyatura dialéctica, han de surgir evidencias fáciles de comprender. Por ejemplo, no se puede condenar el revisionismo en el interior y conservar buenas relaciones, aun políticas, con un país cuyos dirigentes predicán—en nombre de la misma doctrina—un revisionismo peligrosamente contagioso para la opinión de las democracias populares y para la Unión Soviética.

De nuevo ha aflorado el problema de evitar el «contagio titista» en las democracias populares.

\* \* \*

Por supuesto, la gravedad del caso yugoslavo reside en que se trata de todo un partido en el Poder en un país dado, al que evidentemente no hay posibilidad de eliminar de modo tan fácil como a un vulgar militante o a un grupo anti-partido...

La medula del asunto la ha aprendido el *Times* de Londres. Advirtiendo que la diferencia yugoslavo-soviética va más allá de algunos puntos de doctrina académica, el periódico londinense consigna que cada uno de los principales antagonistas—Rusia, China y Yugoslavia—sabe que su política—interior y exterior—*está en causa*. Se trata de la unidad del campo socialista.

Vemos cómo hace dos años China era favorable a un cierto relajamiento.

to en el seno del campo socialista y cómo apoyó a Polonia cuando ésta se movió para tener más libertad. Ha dado marcha atrás, después de la insurrección húngara. Tras el fracaso de su propia experiencia interior de libertad intelectual—cuando las *cien flores* se marchitaron rápidamente—, la unidad del bloque comunista se ha convertido en la palabra de orden y en el primer cuidado de China. (La requisitoria contra los dirigentes comunistas yugoslavos muestra que, hoy por hoy, los jefes de Pekín se han puesto a la cabeza en el mundo soviético de un movimiento de endurecimiento contra los obstáculos opuestos a la reconstitución de una Internacional Comunista.)

En segundo lugar, la línea de conducta de los rusos resulta más complicada. Kruschev busca estimular la iniciativa en el interior de Rusia y fomentar el mismo proceso en la Europa Oriental. Pero los sucesos de Polonia y de Hungría le han incitado a no alargar demasiado la cuerda. El relajamiento económico no debe convertirse en un pretexto para un aflojamiento político. Y él sabe que los textos heréticos de los yugoslavos serían febrilmente leídos por numerosas personas en la Europa Oriental. Es por lo que Kruschev parece determinado a sofocarlos—si puede—por medio de una virulenta denuncia.

La cuestión cobra matices esclarecedores cuando se enfoca a través del primas yugoslavo. La negativa de Belgrado a firmar la Declaración de noviembre de 1957 ha sido el signo exterior de los temores yugoslavos. Ciertamente, aportando esta postura de independencia, debían justificarla. En tanto que comunistas no podían quedar fuera del campo *socialista*, a menos que elaborasen argumentos doctrinales suficientes. Esto les ha llevado lejos de la línea ortodoxa, con la negativa a reconocer la primacía de un solo país y de conceder a los comunistas rusos el monopolio exclusivo del *leadership* de las rutas conducentes al socialismo.

La realidad indubitada es que en esta vía Belgrado no puede más que responder con el mismo vigor a las condenas de Moscú y de Pekín, con la consecuencia de que, sin duda, tal actuación no hará sino reforzar el patriotismo yugoslavo.

Sea lo que sea, como ha advertido Michel Tatu en *Le Monde*, en materia de comunismo la fórmula «el que no está con nosotros está contra nosotros», se halla más que nunca a la orden del día.

Ahora bien: por un lado Yugoslavia se encuentra con una cierta tensión con el Occidente—desde el reconocimiento del Gobierno de la Alemania Oriental y la *ruptura* con el Gobierno de Bonn—. Por otro, tenemos la

diferencia Belgrado-partidos comunistas. ¿Estima Moscú que Yugoslavia se halla lo suficientemente aislada como para someterla a alta presión? <sup>5</sup>.

En fin, cabe estimar que las sospechas de la U. R. S. S. respecto al comunismo yugoslavo son un síntoma confirmativo de la idea de que no debe subestimarse la influencia—o el ejemplo—de Belgrado sobre la escena política de la *Europa Cautiva*.

Y los Centros directivos del Occidente ne deben olvidar que las expresiones *guerra política* y *guerra psicológica* no son fórmulas académicas vacías de contenido...

LEANDRO RUBIO GARCIA.

---

<sup>5</sup> Traigamos al recuerdo otras señales del panorama actual: el aplazamiento del viaje de Tito a Varsovia; la amistosa actitud de la delegación polaca en la Conferencia de Moscú (del Pacto de Varsovia); la felicitación de Krushev al dictador yugoslavo, en el LXVI aniversario de éste; el problema de la ayuda económica moscovita, etc.

